GORODISCHER



El camino de Buenos Aires

Remataban mujeres como quien remata vaquillonas. Los paniaguados de los caftenes se casaban con ellas en una Europa hambreada y pobre y las traían, vírgenes porque así eran más caras, a la América. O las familias las vendían por un poco de dinero, por comida o por promesas y esperanza. O venían de buen grado, sabiendo a qué venían pero pensando en comida, techo y ropa.

Los patrones pagaban en libras esterlinas y las entregaban a las madamas que las hacían trabajar. Cuando se enfermaban o estaban demasiado viejas, las mandaban *al campo*, a los prostíbulos de los pueblos.

Corren cuentos sobre alguna que escapó, alguna que se casó con un magnate, alguna que compró su libertad, alguna que fue raptada por un enamorado (rico, claro, y de apellido ilustre) que la llevó a Montevideo, la vistió como a una señorita decente y la hizo cruzar en barco a Buenos Aires en donde se casó con ella. Pero son mentiras.

Lo que es de verdad es que entraban al país con la complicidad de las autoridades de inmigración que las anotaban como modistas, señoritas de compañía, lavanderas o lo que fuera, y que una vez en Rosario, segundo puerto cerealero del mundo al que llegaban barcos de todos los países imaginables, trabajaban en burdeles protegidos por la policía, por el gobierno municipal y provincial, y admitidos por los señores que decían despreciar lo mismo que aprovechaban.

La Maffia y la Zwi Migdal se hacían cargo de todo y sacaban suculenta tajada del comercio de carne.

Me gusta pensar que es cierto que los mandamases están enterrados en tierra non sancta pero que ellas reposan en tierra consagrada porque fueron las víctimas. Es otro de los cuentos que corren. Tal vez también sea mentira, qué lástima.



Rosario, diciembre 1998

Por Angélica Gorodischer

Por Angélica Gorodischer

EL 31

La reja estaba entreabierta, apenas: Buschetti tuvo que empujar apoyando todo el peso del hombro, afirmando la pierna sana en el camino de granza, para ensanchar el espacio y poder pasar. Y aun así, cierto que Buschetti no era ningún Sansón, aun así tuvieron que entrar de perfil, las manos agarrando la ropa que se les enganchaba en el filo de la hoja, porque el portón casi no se había movido.

Quizá fueran vivos, pero Alarcón todavía no hubiera podido decir por qué. Era una gran casa gris de tres pisos en medio de un parque descuidado, mansarda con ventanas ovaladas, chimeneas, puertasventanas a la terraza en un costado, y una gigantesca puerta de entrada de dos hojas de hierro y vidrio y escudos de bronce deslustrado a través de la cual brillaba la luz de una araña no menos gigantesca. Un grupo de gente se apiñaba junto a esa puerta.

–Está concurrida la cosa.

–Siempre es así –dijo Buschetti.

Alarcón se arriesgó. No de vivo él, sino porque había escuchado con cierta atención, tratando de adivinar qué era eso, adónde iban, y había captado inmediatamente lo de "esta vez".

–No, no siempre –dijo–. Otras veces ha habido menos gente.

–Ah, pero es que hoy, vea, le digo la verdá señor Perchione, usté no se imagina lo que es eso, yo mismo me ocupé, si lo sabré yo. Todo el mundo invitado, pero todo el mundo, de veras, sin dejar afuera a nadie. Claro que protestas hubo: algunos no querían invitar a los que ellos decían que habían bajado la categoría del negocio, usté me entiende, pero los convencimos, ya va'ver.

Así que el moishe de los tres tiros en el pecho sería uno de los que habían protestado y lo habían enfriado, ¿por qué?, ¿para convencerlo a él, para convencer a los que pensaban como él, o porque no había querido dejarse convencer? A él qué le importaba. Todo eso qué tenía que ver con él. Llegaban a la puerta que se abría con facilidad, como si no pasara nada, al contrario del portón de la calle que seguramente éstos también habían tenido que empujar ida y vuelta, como Buschetti. Buena casa, buenos mármoles, todo fino, de calidad. La segunda puerta era de madera, menos vidriada pero también de dos hojas y descomunal. Entraron al vestíbulo y parecía una fiesta con mucha más gente de la que Alarcón había supuesto que habría.

Pero no era una fiesta. El vestíbulo, huérfano de muebles; todo lo que había ahí era la araña de caireles y lágrimas. No había alfombras de Bokhara ni lámparas ni estatuas ni cuadros ni nada de lo que se puede encontrar en una casa rica. Hacía mucho frío, el frío húmedo y desolado de las casas en las que no vive nadie, y la gente no comía ni bebía ni bailaba ni había mozos con bandejas ni orquesta con piano y violines. Casi todos hombres, solamente tres o cuatro mujeres ni jóvenes ni elegantes. Como en un relámpago alcanzó a ver un par de caras conocidas y buscó la sombra para disimularse. Si alguien batía quién era él, seguro que no llegaba a mañana. Retrocedió.

–Por acá –dijo Buschetti.

–Momento –alcanzó a decir Alarcón, todavía sin saber si se le iba a ocurrir o no una explicación para no seguir adelante.

Pero justo ahí se abrieron unas puertas dobles del otro lado del vestíbulo y apareció un tipo que cantaba a los gritos la parada del caften.

–Señoras y señores –dijo golpeando las manos–, vamos a empezar. Adelante, por favor.

–Por acá –repitió Buschetti.

–Interesante –dijo Alarcón–, la mezcla de gente es muy interesante.

–Eh, vamos –dijo Buschetti–, no me va'venir con eso ahora. Cuanta más gente mejor no me diga que no. Estuvo bien pensado, por una vez dejarse de macanas, avisarles a todos, libre competencia, eso es el progreso; hay que ser modernos, hay que ser civilizados, ¿no le parece?

–Sobre todo –dijo Alarcón– si los que molestan ya no están en condiciones de venir.

–Como quién dice usté.

No está nada mal, pensó, decir sin decir, hacer como que uno se la sabe de siempre, como lo haría Scara. Scara es de los que juegan ese juego y siempre les sale bien.

–No me desilusione, Buschetti, no me desilusione.

El otro sonrió con una media sonrisa. Paráte ahí, se ordenó Alarcón, todo lo demás no es cosa tuya, terminá con esto y vamos.

–¿Vamos?

El vestíbulo iba quedando vacío. Entraron en una gran habitación que quizás había sido un comedor y que estaba tan fría como el vestíbulo. Dos chimeneas de mármol, una en cada lado del rectángulo, y arriba espejos altísimos de marco dorado que se inclinaban reflejando la mesa para por lo menos veinticuatro cubiertos que ya no estaban ahí. En su lugar había una tarima y filas de sillas ocupaban el espacio que quedaba dejando apenas un pasaje libre a un costado que iba hasta una puerta cerrada junto a una de las chimeneas. Otra araña de cristal, un techo pintado con ninfas, semidiosas, mujeres etéreas que se paseaban entre nubes por jardines, huertas, bosques celestiales, tañendo cítaras y caramillos y laúdes. Al fondo una puerta abierta por la que lo que se veía no era las habitaciones en chorizo de las casas de barrio sino un antecomedor circular con vitrales de media altura. Todos se sentaron haciendo mucho ruido y discutiendo a los gritos por los asientos de las primeras filas.

–¿No quiere que vayamos más adelante?

–Vaya usted, no se quede aquí por mí –dijo Alarcón.

Pero Buschetti se le quedó al lado y el tipo de la tarima empezó a hablar:

–Un poco de silencio, por favor, orden, vamos a ver, silencio si me hacen el favor. Aquí el señor Sotero va a estar a cargo de las transacciones, ¿se oye bien allá?, por favor, silencio que en las últimas filas no se oye, el señor Sotero, él se va a ocupar, se dirigen a él por cualquier cosa, pagos, entregas, inconvenientes, lo que sea. Si hacen silencio, empezamos.

El silencio era ahí más difícil de conseguir que un par de canarios a fin de mes. El tal señor Sotero, a un costado, detrás de un pupitre alto, era flaco y moreno y tenía dos ojos negros que le abarcaban media cara, el pelo liso peinado a la gomina con raya a un lado y dedos muy largos y muy finos en los que guiñaban las piedras de varios anillos. No decía nada; por el momento el que hablaba era el caften.

Alarcón, que no había estado nunca en un remate, había oído decir que eran con escenario y telón, y que cuando el telón se abría al público veía lo que se ofrecía. Pero acá no había nada de eso, solamente la tarima entre los espejos y él estaba mal ubicado para ver, bien ubicado por si había que rajar, de pie, al fondo y cerca de la puerta, y para colmo con Buschetti pegado a él como saguaipé. Oyó el tumulto, solamente lo oyó, y vio, eso sí, cómo los de las filas del medio estiraban el cogote y los de las filas de atrás se paraban y todo el mundo se movía y empujaba.

–¡Silencio, señoras y señores, orden, por favor! –se desgañitaba el caften.

La vio en los espejos, cuando ya estaba arriba de la tarima.

–¡Primera calidad, señores, primera calidad! –ya no era el caften que gritaba sino una ayudanta que le había salido, una gorda grandota con rodete y diente de oro. –Eso es para darles el dulce –dijo Buschetti a su lado–, se las saben todas, después viene la fulería, y lo bueno va a estar al final.

–¡Diez! –ofreció alguien gritando para hacerse oír.

–¡Diez! –aulló la gorda–. ¡Cómo diez! Vean lo que les ofrezco, vean, sanita, joven, tréifene, venga acá, usté, el que ofreció diez, venga, toque, sienta qué carnes, sienta, vea, mírele los dientes, ni uno cariado, ni uno.

Subió el que había ofrecido diez y le pellizcó las nalgas y le abrió la boca. Dos hombres más y una de las mujeres subieron también a la tarima y empezaron a tocar. La gorda la desnudó y la dejó en manos de los posibles compradores. Por el espejo Alarcón le miraba la cara; parecía que no se daba cuenta de nada.

–¿La doparon?

–Noooooo –hizo Buschetti–, la amansaron antes de subirla, era brava ésta.

–¿Usted se ocupó también personalmente?

–Me comentaron.

Dos de los hombres se desinteresaron y bajaron pero otros tres subieron a la tarima. La más minuciosa era la mujer.

–¡Cuidado ahí que me la va a arruinar! –gritó la gorda–. Nada de meter los dedos, nada de meter los dedos.

–Si le decimos que está entera, doña, es porque está entera –terció el caften.

–¡Quince! –se oyó en las primeras filas.

La gorda, como si no hubiera oído nada.

–Veinte –dijo una de las mujeres.

–Aquí dicen veinte –dijo la gorda mirándolo a Sotero.

–Veinte veinte veinte. Veinte ofrece la señora, quién mejora la oferta, viente veinte veinte –dijo Sotero como en un rezo.

Parecía que la voz baja y profunda de Sotero obligaba a todos por fin a callarse y escuchar. Poco a poco se venía el silencio que había estado reclamando el caften.

–Veinte veinte veinte.



–Veinticinco.

–¿Así nomás sin ir a ver, che? –preguntó alguien haciéndose el sorprendido.

Hubo unas risas aquí y allá.

–Confío en la señora –dijo el de las veinticinco.

Ahí fue una carcajada que venía de todos lados, como un alud.

–Veinticinco veinticinco veinticinco –decía Sotero.

–Vean qué ancas, con estas grupas se puede trabajar veinte años –explicaba la gorda dándole cachetazos en las caderas–. Miren, miren –y la hacía girar, girar.

–Treinta –dijo uno de los tipos que estaban arriba de la tarima.

–Treinta treinta treinta, ¿nadie da más?, vamos, treinta treinta treinta –rezó Sotero.

–Treinta libras, ¿nada más que treinta libras? –dijo la gorda.

Algo había cambiado. Había aparecido la palabra libras, la gente volvía a sus asien-

Por Angélica Gorodischer

EL 31

La reja estaba entreabierta, apenas: Buschetti tuvo que empujar apoyando todo el peso del hombro, afirmando la pierna sana en el camino de granza, para ensanchar el espacio y poder pasar. Y aun así, cierto que Buschetti no era ningún Sansón, aun así tuvieron que entrar de perfil, las manos agarrando la ropa que se les enganchaba en el filo de la hoja, porque el portón casi no se había movido.

Quizá fueran vivos, pero Alarcón todavía no hubiera podido decir por qué. Era una gran casa gris de tres pisos en medio de un parque descuidado, mansarda con ventanas ovaladas, chimeneas, puertas-ventanas a la terraza en un costado, y una gigantesca puerta de entrada de dos hojas de hierro y vidrio y escudos de bronce deslustrado a través de la cual brillaba la luz de una araña no menos gigantesca. Un grupo de gente se apiñaba junto a esa puerta.

–Está concurrida la cosa.

–Siempre es así –dijo Buschetti.

Alarcón se arriesgó. No de vivo él, sino porque había escuchado con cierta atención, tratando de adivinar qué era eso, adónde iban, y había captado inmediatamente lo de "esta vez".

–No, no siempre –dijo–. Otras veces ha habido menos gente.

–Ah, pero es que hoy, vea, le digo la verdá señor Perchione, usté no se imagina lo que es eso, yo mismo me ocupé, si lo sabré yo. Todo el mundo invitado, pero todo el mundo, de veras, sin dejar afuera a nadie. Claro que protestas hubo: algunos no querían invitar a los que ellos decían que habían bajado la categoría del negocio, usté me entiende, pero los convencimos, ya va'ver.

Así que el moishe de los tres tiros en el pecho sería uno de los que habían protestado y lo habían enfriado, ¿por qué?, ¿para convencerlo a él, para convencer a los que pensaban como él, o porque no había querido dejarse convencer? A él qué le importaba. Todo eso qué tenía que ver con él. Llegaban a la puerta que se abría con facilidad, como si no pasara nada, al contrario del portón de la calle que seguramente éstos también habían tenido que empujar ida y vuelta, como Buschetti. Buena casa, buenos mármoles, todo fino, de calidad. La segunda puerta era de madera, menos vidriada pero también de dos hojas y descomunal. Entraron al vestíbulo y parecía una fiesta con mucha más gente de la que Alarcón había supuesto que habría.

Pero no era una fiesta. El vestíbulo, huérfano de muebles; todo lo que había ahí era la araña de caireles y lágrimas. No había alfombras de Bokhara ni lámparas ni estatuas ni cuadros ni nada de lo que se puede encontrar en una casa rica. Hacía mucho frío, el frío húmedo y desolado de las casas en las que no vive nadie, y la gente no comía ni bebía ni bailaba ni había mozos con bandejas ni orquesta con piano y violines. Casi todos hombres, solamente tres o cuatro mujeres ni jóvenes ni elegantes. Como en un relámpago alcanzó a ver un par de caras conocidas y buscó la sombra para disimularse. Si alguien batía quién era él, seguro que no llegaba a mañana. Retrocedió.

–Por acá –dijo Buschetti.

–Momento –alcanzó a decir Alarcón, todavía sin saber si se le iba a ocurrir o no una explicación para no seguir adelante.

Pero justo ahí se abrieron unas puertas dobles del otro lado del vestíbulo y apareció un tipo que cantaba a los gritos la parada del caften.

–Señoras y señores –dijo golpeando las manos–, vamos a empezar. Adelante, por favor.

–Por acá –repitió Buschetti.

–Interesante –dijo Alarcón–, la mezcla de gente es muy interesante.

–Eh, vamos –dijo Buschetti–, no me va'venir con eso ahora. Cuanta más gente mejor no me diga que no. Estuvo bien pensado, por una vez dejarse de macanas, avisarles a todos, libre competencia, eso es el progreso; hay que ser modernos, hay que ser civilizados, ¿no le parece?

–Sobre todo –dijo Alarcón– si los que molestan ya no están en condiciones de venir.

–Como quién dice usté.

No está nada mal, pensó, decir sin decir, hacer como que uno se la sabe de siempre, como lo haría Scara. Scara es de los que juegan ese juego y siempre les sale bien.

–No me desilusione, Buschetti, no me desilusione.

El otro sonrió con una media sonrisa. Paráte ahí, se ordenó Alarcón, todo lo demás no es cosa tuya, terminá con esto y vamos.

–¿Vamos?

El vestíbulo iba quedando vacío. Entraron en una gran habitación que quizás había sido un comedor y que estaba tan fría como el vestíbulo. Dos chimeneas de mármol, una en cada lado del rectángulo, y arriba espejos altísimos de marco dorado que se inclinaban reflejando la mesa para por lo menos veinticuatro cubiertos que ya no estaban ahí. En su lugar había una tarima y filas de sillas ocupaban el espacio que quedaba dejando apenas un pasaje libre a un costado que iba hasta una puerta cerrada junto a una de las chimeneas. Otra araña de cristal, un techo pintado con ninfas, semidiosas, mujeres etéreas que se paseaban entre nubes por jardines, huertas, bosques celestiales, tañendo cítaras y caramillos y laúdes. Al fondo una puerta abierta por la que lo que se veía no era las habitaciones en chorizo de las casas de barrio sino un antecomedor circular con vitrales de media altura. Todos se sentaron haciendo mucho ruido y discutiendo a los gritos por los asientos de las primeras filas.

–¿No quiere que vayamos más adelante?

–Vaya usted, no se quede aquí por mí –dijo Alarcón.

Pero Buschetti se le quedó al lado y el tipo de la tarima empezó a hablar:

–Un poco de silencio, por favor, orden, vamos a ver, silencio si me hacen el favor. Aquí el señor Sotero va a estar a cargo de las transacciones, ¿se oye bien allá?, por favor, silencio que en las últimas filas no se oye, el señor Sotero, él se va a ocupar, se dirigen a él por cualquier cosa, pagos, entregas, inconvenientes, lo que sea. Si hacen silencio, empezamos.

El silencio era ahí más difícil de conseguir que un par de canarios a fin de mes. El tal señor Sotero, a un costado, detrás de un pupitre alto, era flaco y moreno y tenía dos ojos negros que le abarcaban media cara, el pelo liso peinado a la gomina con raya a un lado y dedos muy largos y muy finos en los que guiñaban las piedras de varios anillos. No decía nada; por el momento el que hablaba era el caften.

Alarcón, que no había estado nunca en un remate, había oído decir que eran con escenario y telón, y que cuando el telón se abría al público veía lo que se ofrecía. Pero acá no había nada de eso, solamente la tarima entre los espejos y él estaba mal ubicado para ver, bien ubicado por si había que rajar, de pie, al fondo y cerca de la puerta, y para colmo con Buschetti pegado a él como saguaipé. Oyó el tumulto, solamente lo oyó, y vio, eso sí, cómo los de las filas del medio estiraban el cogote y los de las filas de atrás se paraban y todo el mundo se movía y empujaba.

–¡Silencio, señoras y señores, orden, por favor! –se desgañitaba el caften.

La vio en los espejos, cuando ya estaba arriba de la tarima.

–¡Primera calidad, señores, primera calidad! –ya no era el caften que gritaba sino una ayudanta que le había salido, una gorda grandota con rodete y diente de oro. –Eso es para darles el dulce –dijo Buschetti a su lado–, se las saben todas, después viene la fulería, y lo bueno va a estar al final.

–¡Diez! –ofreció alguien gritando para hacerse oír.

–¡Diez! –aulló la gorda–. ¡Cómo diez! Vean lo que les ofrezco, vean, sanita, joven, tréifene, venga acá, usté, el que ofreció diez, venga, toque, sienta qué carnes, sienta, vea, mírele los dientes, ni uno cariado, ni uno.

Subió el que había ofrecido diez y le pellizcó las nalgas y le abrió la boca. Dos hombres más y una de las mujeres subieron también a la tarima y empezaron a tocar. La gorda la desnudó y la dejó en manos de los posibles compradores. Por el espejo Alarcón le miraba la cara; parecía que no se daba cuenta de nada.

–¿La doparon?

–Nooooooo –hizo Buschetti–, la amansaron antes de subirla, era brava ésta.

–¿Usted se ocupó también personalmente?

–Me comentaron.

Dos de los hombres se desinteresaron y bajaron pero otros tres subieron a la tarima. La más minuciosa era la mujer.

–¡Cuidado ahí que me la va a arruinar! –gritó la gorda–. Nada de meter los dedos, nada de meter los dedos.

–Si le decimos que está entera, doña, es porque está entera –terció el caften.

–¡Quince! –se oyó en las primeras filas.

La gorda, como si no hubiera oído nada.

–Veinte –dijo una de las mujeres.

–Aquí dicen veinte –dijo la gorda mirándolo a Sotero.

–Veinte veinte veinte. Veinte ofrece la señora, quién mejora la oferta, viente veinte veinte –dijo Sotero como en un rezo.

Parecía que la voz baja y profunda de Sotero obligaba a todos por fin a callarse y escuchar. Poco a poco se venía el silencio que había estado reclamando el caften.

–Veinte veinte veinte.



–Veinticinco.

–¿Así nomás sin ir a ver, che? –preguntó alguien haciéndose el sorprendido.

Hubo unas risas aquí y allá.

–Confío en la señora –dijo el de las veinticinco.

Ahí fue una carcajada que venía de todos lados, como un alud.

–Veinticinco veinticinco veinticinco –decía Sotero.

–Vean qué ancas, con estas grupas se puede trabajar veinte años –explicaba la gorda dándole cachetazos en las caderas–. Miren, miren –y la hacía girar, girar.

–Treinta –dijo uno de los tipos que estaban arriba de la tarima.

–Treinta treinta treinta, ¿nadie da más?, vamos, treinta treinta treinta –rezó Sotero.

–Treinta libras, ¿nada más que treinta libras? –dijo la gorda.

Algo había cambiado. Había aparecido la palabra libras, la gente volvía a sus asientos, sabía que la venta estaba hecha.

–Listo.

–Usté lo dijo, señor Perchione –dijo Buschetti–, mañana va'haber fandango en el "Star". Un bocado.

El tipo fue hasta donde estaba Sotero y pagó, contante y sonante por lo que Alarcón podía ver. Después volvió al estrado y se la llevó mientras la gorda anunciaba a la siguiente:

–Mercadería kóschere pero de la mejor, señoras y señores, de la mejor. Vengan, miren, no dejen pasar esta oportunidad, ¿dónde se creen que van a encontrar otra igual?

La vendieron por dieciocho libras, y a la siguiente, también kóschere, por veinte. La casi compradora del principio seguía firme en la tarima, tocaba y tocaba pero no había gastado un centavo. Si era por eso Alarcón tampoco y no lo preocupaba: lo que lo tenía inquieto era cómo mantener la cara ante Buschetti.

Llegó el momento, antes de lo que esperaba:

–Hasta ahora, ¿nada que le interese?

–Nada. No le digo que sea como para despreciar, pero tenía entendido que había algo excepcional.

–Claro que hay, usté espere, yo sé lo que le digo.

–Porque por lo que llevo visto, qué quiere, todo szmates.

–Eh, no, la primera valía la pena.

–Somos exigentes –dijo Alarcón.

–¿Para quién compra, señor Perchione?

–Me va a permitir que guarde el secreto.

Buschetti pareció conformarse.

Levantaron un poco el nivel con la siguiente que se vendió a treinta libras. Después hubo una interrupción con gritería, golpes y alaridos y pasó un rato hasta que volvió todo a la normalidad.

–Parece que a ésa no la tenían bien amansada.

–Qué v'hacer –dijo Buschetti–, a veces pasa. Pero ésa no sale a la venta, creamé, la mandan al campo.

–Y ahora señoras y señores –dijo el caften.

–Vea, vea –le susurró Buschetti–, vea, vea.

Alarcón sintió que se le aflojaba la mandíbula y que una saliva espesa se le derramaba desde las fauces por toda la boca. La gorda echó a los curiosos de la tarima, cosa que en el caso de la mujer que había estado todo el tiempo ahí mirando y tocando, no fue nada fácil, la desnudó y la hizo dar vueltas, sólo eso. Alarcón la miraba en los espejos. La gente estaba callada, toda ojos, sin respiración.

–Cuánto ofrecen, a ver, cuánto ofrecen –dijo la gorda.

–Treinta.

–Treinta treinta treinta –empezó Sotero.

El también tenía que entrar en esa puja. Para disimular, eso podía decírselo claramente; para disimular, para que Buschetti no empezara a desconfiar que bastante desconfiaba ya, para el lado de la verdad; para eso tenía que pujar, por lo menos hacer un ademán.

–Treinta y cinco –dijo desde la sombra.

Buschetti no se movió, no lo miró.

–Treinticinco treinticinco treinticinco –rezaba Sotero.

Pensó que iba a tener que llevársela, que Sotero iba a decir vendida al señor por treinticinco libras que él no tenía, y que iba a tener que salir de ahí a punta de pistola que tampoco tenía agarrándola para que no se le escapara ni se la quitaran, y la olió, tiritando, toda esa carne dorada y dulce contra la ropa y que apretándola le iba a dejar marcados los botones en el vientre como sello y un quejido, y hasta lo oyó.

–Treinticinco treinticinco treinticinco.

O provocar un incendio. En esa casa debía haber maderas resecas; él había visto con una chispa solamente, nada más que una chispa destruir una casa. Incendiar el lugar y sacarla de ahí, que cuando llegaran los bomberos no quedara nada, ni una sombra, todos muertos, ni una silueta blanca contra las llamas haciendo señas por las ventanas ovales de la mansarda, pidiendo auxilio.

–Cuarenta –dijo alguien allá por la tercera fila, del otro lado del mundo.

–Hmmm –dijo Buschetti.

–No estoy autorizado para más.

–Lástima.

–Vean, vean, vean –decía la gorda apretándole los pechos, amasándoselos, pellizcándoselos–, vean qué par de mellizos, duros, puntitas rosadas, como para un buen ordeñe, piensen cuánto les van a dar estos mellizos y levanten, arriba de esos cuarenta, levanten, vamos. La mujerona que había estado en la tarima se puso de pie y quiso volver a subir pero la gorda la empujó con el pie y la hizo caer sentada en las faldas de un tipo de la primera fila.

–Cuarenta cuarenta cuarenta –decía Sotero.

La gorda le tocaba el pelo:

–Natural, rubio natural, vean qué pelo.

–Ché, ¿estás segura de que no es "Loción Doré"? –se oyó desde allá.

La risa aflojó el ambiente. Alarcón dejó de mirarla.

–Cuarenta cuarenta cuarenta.

–Cuarenta y cinco.

La vendieron por cuarenta y cinco libras a Rodomán Graziani que pagó, le ordenó a la gorda que la vistiera y se la llevó.

–Una princesa –dijo Alarcón.

–Usté lo ha dicho.

Afuera se desbandaban. Antes de atravesar la puerta Buschetti se despidió:

–Yo me quedo, tengo varias cosas que arreglar.

–Seguro. Gracias por todo, Buschetti.

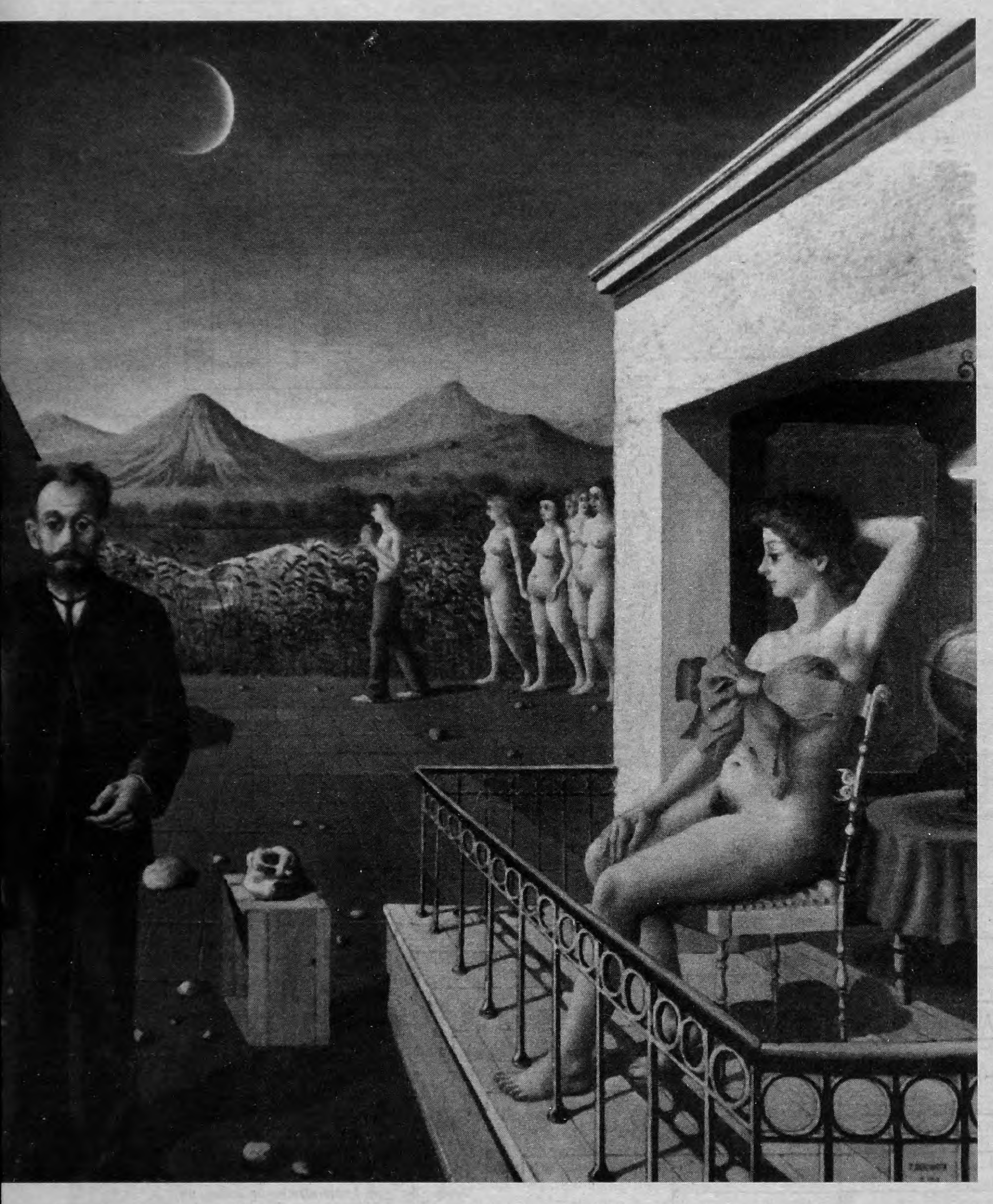
–De nada. Lástima que no hizo negocio.

–Otra vez será.

–No deje de buscarme. Traiga la seña del día y ya sabe, me ve en el "Liverpúl".

–Gracias, que le vaya bien.

Había varios taxis esperando y Alarcón se subió a uno. Hizo todo el viaje metido en ese espejo, sin acordarse de Scara ni de Celi ni del Super Six, autazo para hacerles dar vuelta la cara a los güífaros. ¿Cuál habría sido la contraseña ese día? Se acordaba de haber dicho algo de unos negocios, quiero hacer negocios, vengo por un negocio, algo así, bueno, y qué; el rengo Buschetti, para él se había terminado. Casi llegaban adonde había estacionado el automóvil cuando pensó que podían haberlo seguido. Miró por la ventanilla de atrás pero la calle estaba desierta; callada y sola. ■



os, sabía que la venta estaba hecha.

–Listo.

–Usté lo dijo, señor Perchione –dijo Bus-chetti–, mañana va'haber fandango en el 'Star". Un bocado.

El tipo fue hasta donde estaba Sotero y pagó, contante y sonante por lo que Alar-cón podía ver. Después volvió al estrado y e la llevó mientras la gorda anunciaba a la siguiente:

–Mercadería kóschere pero de la mejor, señoras y señores, de la mejor. Vengan, mi-ren, no dejen pasar esta oportunidad, ¿dón-de se creen que van a encontrar otra igual?

La vendieron por dieciocho libras, y a la siguiente, también kóschere, por veinte. La ca-si compradora del principio seguía firme en la tarima, tocaba y tocaba pero no había gasta-do un centavo. Si era por eso Alarcón tampo-co y no lo preocupaba: lo que lo tenía inquie-to era cómo mantener la cara ante Buschetti.

Llegó el momento, antes de lo que esperaba:

–Hasta ahora, ¿nada que le interese?

–Nada. No le digo que sea como para des-preciar, pero tenía entendido que había al-go excepcional.

–Claro que hay, usté espere, yo sé lo que le digo.

–Porque por lo que llevo visto, qué quie-re, todo szmates.

–Eh, no, la primera valía la pena.

–Somos exigentes –dijo Alarcón.

–¿Para quién compra, señor Perchione?

–Me va a permitir que guarde el secreto.

Buschetti pareció conformarse.

Levantaron un poco el nivel con la siguiente que se vendió a treinta libras. Después hubo una interrupción con grite-ría, golpes y alaridos y pasó un rato hasta que volvió todo a la normalidad.

–Parece que a ésa no la tenían bien aman-sada.

–Qué v'hacer –dijo Buschetti–, a veces pasa. Pero ésa no sale a la venta, creamé, la mandan al campo.

–Y ahora señoras y señores –dijo el caften.

–Vea, vea –le susurró Buschetti–, vea, vea.

Alarcón sintió que se le aflojaba la man-díbula y que una saliva espesa se le derra-maba desde las fauces por toda la boca. La gorda echó a los curiosos de la tarima, co-sa que en el caso de la mujer que había es-tado todo el tiempo ahí mirando y tocando, no fue nada fácil, la desnudó y la hizo dar vueltas, sólo eso. Alarcón la miraba en los espejos. La gente estaba callada, toda ojos, sin respiración.

–Cuánto ofrecen, a ver, cuánto ofrecen –dijo la gorda.

–Treinta.

–Treinta treinta treinta –empezó Sotero.

El también tenía que entrar en esa puja. Para disimular, eso podía decírselo clara-mente; para disimular, para que Buschetti no empezara a desconfiar que bastante des-confiaba ya, para el lado de la verdad; pa-ra eso tenía que pujar, por lo menos hacer un ademán.

–Treinta y cinco –dijo desde la sombra.

Buschetti no se movió, no lo miró.

–Treinticinco treinticinco treinticinco –rezaba Sotero.

Pensó que iba a tener que llevársela, que Sotero iba a decir vendida al señor por trein-ticinco libras que él no tenía, y que iba a te-ner que salir de ahí a punta de pistola que tampoco tenía agarrándola para que no se le escapara ni se la quitaran, y la olió, tiri-tando, toda esa carne dorada y dulce con-tra la ropa y que apretándola le iba a dejar marcados los botones en el vientre como sello y un quejido, y hasta lo oyó.

–Treinticinco treinticinco treinticinco.

O provocar un incendio. En esa casa de-bía haber maderas resecas; él había visto con una chispa solamente, nada más que una chispa destruir una casa. Incendiar el lugar y sacarla de ahí, que cuando llegaran los bomberos no quedara nada, ni una som-bra, todos muertos, ni una silueta blanca contra las llamas haciendo señas por las ventanas ovales de la mansarda, pidiendo auxilio.

–Cuarenta –dijo alguien allá por la ter-cera fila, del otro lado del mundo.

–Hmmm –dijo Buschetti.

–No estoy autorizado para más.

–Lástima.

–Vean, vean, vean –decía la gorda apre-tándole los pechos, amasándoselos, pelliz-cándoselos–, vean qué par de mellizos, du-ros, puntitas rosadas, como para un buen ordeñe, piensen cuánto les van a dar estos mellizos y levanten, arriba de esos cuaren-ta, levanten, vamos. La mujerona que ha-bía estado en la tarima se puso de pie y qui-so volver a subir pero la gorda la empujó con el pie y la hizo caer sentada en las fal-das de un tipo de la primera fila.

–Cuarenta cuarenta cuarenta –decía So-tero.

La gorda le tocaba el pelo:

–Natural, rubio natural, vean qué pelo.

–Ché, ¿estás segura de que no es "Loción Doré"? –se oyó desde allá.

La risa aflojó el ambiente. Alarcón dejó de mirarla.

–Cuarenta cuarenta cuarenta.

–Cuarenta y cinco.

La vendieron por cuarenta y cinco libras a Rodomán Graziani que pagó, le ordenó a la gorda que la vistiera y se la llevó.

–Una princesa –dijo Alarcón.

–Usté lo ha dicho.

Afuera se desbandaban. Antes de atrave-sar la puerta Buschetti se despidió:

–Yo me quedo, tengo varias cosas que arreglar.

–Seguro. Gracias por todo, Buschetti.

–De nada. Lástima que no hizo negocio.

–Otra vez será.

–No deje de buscarme. Traiga la seña del día y ya sabe, me ve en el "Liverpúl".

–Gracias, que le vaya bien.

Había varios taxis esperando y Alarcón se subió a uno. Hizo todo el viaje mirándose en ese espejo, sin acordarse de Scara ni de Celi ni del Super Six, autazo para ha-cerles dar vuelta la cara a los güífaros. ¿Cuál habría sido la contraseña ese día? Se acordaba de haber dicho algo de unos negocios, quiero hacer negocios, vengo por un negocio, algo así, bueno, y qué; el rengo Buschetti, para él se había termi-nado. Casi llegaban adonde había esta-cionado el automóvil cuando pensó que podían haberlo seguido. Miró por la ventanilla de atrás pero la calle estaba desierta; callada y sola. ■



Extracción

Tomando una letra por columna, descubra en cada tablero cinco palabras del tema indicado. Una palabra no puede tener dos o más letras extraídas de una misma fila.

1. Nombres ingleses

D	E	M	N	Y
P	E	A	I	S
J	R	N	E	D
H	A	T	E	K
F	A	V	R	R

2. Viajando en...

B	V	R	S	O
C	L	L	C	N
A	A	O	R	A
G	A	R	O	O
B	A	I	B	O

3. Lácteos

C	U	C	U	O
L	R	G	R	O
Q	O	E	H	A
Y	U	E	S	E
S	E	E	M	R

Teatro europeo

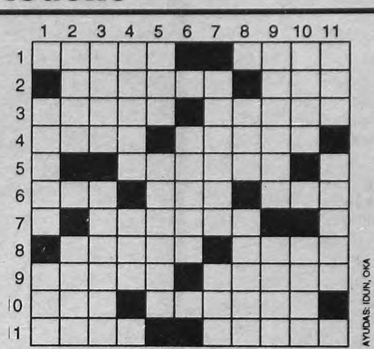
Europa es una fuente inagotable de grandes dramaturgos. Conozcamos en qué año se estrenaron estas obras, quiénes fueron sus autores y cuál es la nacionalidad de éstos.

1. "La Sonata de los espectros" y "Las ratas" se estrenaron antes que las obras de Beckett, Durrenmatt y Handke.
2. Sus nombres eran: Beckett, Samuel; Hauptman, Gherart; el austríaco Peter; el sueco, August y el suizo, Friedrich.
3. "Insultos al público" fue escrita con posterioridad a la de Durrenmatt y ésta a la del irlandés.
4. Handke nació mucho después que el suizo.
5. "El ciego" se estrenó diez años después que la del irlandés.
6. Strindberg, que no escribió "Las ratas", presentó su obra en 1907, cuando aún no habían nacido el austríaco ni el suizo.

		ESTRENO					AUTOR					PAIS				
		1907	1910	1938	1948	1966	Beckett	Durrenmatt	Handke	Hauptman	Strindberg	Alemania	Austria	Irlanda	Suecia	Suiza
OBRA	"El ciego"															
	"Insultos al..."															
	"La sonata de..."															
	"Las ratas"															
	"Murphy"															
PAIS	Alemania															
	Austria															
	Irlanda															
	Suecia															
	Suiza															
AUTOR	Beckett															
	Durrenmatt															
	Handke															
	Hauptman															
	Strindberg															

OBRA	ESTRENO	AUTOR	PAIS

Ortodoxo



AYUDAS: IDUN, OKA

HORIZONTALES

1. Lastimar./ Desorden.
2. De las Malucas o Molucas (Oceanía)./ Siglas de la policía secreta de la URSS.
3. Coloca./ Edil romano.
4. Epocas./ Enfermedad cutánea de carácter tuberculoso.
5. Invalidar.
6. Río de Europa./ Mamífero rumiante de la familia de los bóvidos./ En ese lugar.
7. Vivirá, habitará en un lugar.
8. De Liguria, país de la Italia antigua./ Astuto, listo.
9. Asad./ Legendario rey de Frigia que trocaba en oro todo cuanto tocaba.
10. Organización de Comercio Internacional./ Arbol betuláceo de gran talla.
11. Insulso./ Traspasen voluntariamente un bien.

VERTICALES

1. Tratamiento de cortesía que se antepone al apellido, al cargo o al nombre./ Isla del Egeo.
2. Príncipe árabe./ Orate.
3. Roedor./ (Edmundo de) Autor de "Corazón".
4. Engañada, víctima de una ilusión./ (Vicente) Patriota dominicano.
5. Calle./ (Pablo) Poeta chileno, premio Nobel en 1971.
6. Mancha de la piel.
7. De los ojos./ Abreviatura de "Medicina".
8. Voz usada para impulsar a los bebés a que se levanten./ Codicioso.
9. Calidad de agrio./ Divinidad escandinava.
10. Voz latina que significa obra./ Documento de crédito.
11. Río Grande do ..., estado "gaúcho" del Brasil./ Situados.

Soluciones

Ortodoxo



Extracción

1. Nombres ingleses
David, Peter, James, Henry, Frank.
2. Viajando en...
Barco, carro, avión, globo, balsa.
3. Lácteos
Crema, leche, queso, yogur, suero.

Teatro europeo

"El ciego", 1948, Durrenmatt, Suiza.
"Insultos al público", 1966, Handke, Austria.
"La Sonata de los espectros", 1907, Strindberg, Suecia.
"Las ratas", 1910, Hauptman, Alemania.
"Murphy", 1938, Beckett, Irlanda.